

# Panegírico del Dr. Francisco Álvarez González\*

*Santiago Manzanal\*\**

Propio del hombre es establecer relaciones, pues, al fin y al cabo, es ésta una de las múltiples operaciones que ejecuta la razón. En efecto, en los juicios y enunciados no otra cosa hacemos que relacionar entidades y características. Es ahí donde paramos mienten la múltiple variedad y rica gama que acompañan cuanto nos rodea. Y. por eso mismo, es ahí también donde llegamos a la convicción de que, en el abigarrado mundo en que nos movemos y somos, difícilmente hallaremos dos cosas iguales.

Pues bien, sí esto es cierto y ciertamente lo es mucho más sentido y justificación adquiere todavía, cuando de hacer relaciones y comparaciones entre los hombres se trata. Aquí, sin mayores raciocinios ni elucubraciones, tan sólo la simple y cotidiana experiencia el vivir de todos los días, nos revela y enseña cuan diferentes son los hombres entre sí y cuánta equivocación hay en el ánimo de aquellas gentes que, con frecuencia agitan la bandera de una igualdad supuestamente absoluta, total y sin concesiones en todas y cada una de las dimensiones del ser y quehacer humano. La insistencia frivolidad con que a menudo se airea a los cuatro vientos este tópico, quizás hundan sus raíces en la fascinación que trajeron consigo los ideólogos de la Ilustración al hablamos, allá por los siglos XVII y XVIII de la igualdad entre todos los hombres. Aquellos pensadores del "Siglo de las Luces", preocupados por el problema del origen, naturaleza y fines de la sociedad, así como por el fundamento del poder político y por la estructura del Estado, se decidieron, por fin, a recuperar para el hombre su intransferible e inalienable dignidad, proclamando la existencia de ciertos derechos naturales y la igualdad de todos, ya desde la cuna, frente a los excesos y privilegios de la monarquía absoluta, que bien se reflejan en aquella exclamación del obispo Bossuet: "¡Oh reyes, sois semejantes a dioses!", y que mejor aún se sintetizan en la frase de Luis XIV, el "Rey Sol": "L'Etat c'est moi" (El Estado soy yo). Tratábase, pues, de una igualdad -connatural, justa y necesaria- respecto del origen de la autoridad política, las leyes, y los deberes y derechos del hombre en convivencia con los otros hombres, esto es, en sociedad. Muy lejos, sin embargo, del pensamiento e intención de aquellos "filósofos ilustrados" estaba la defensa de una igualdad tal, que concerniera también a aquello que, obviamente, marca diferencias y niveles entre los hombres, y que no otra cosa es que la peculiar forma y manera con que cada uno decide moldear su existencia.

A semejanza, pues, de lo que el escultor hace con el bloque de metal, madera o mármol, cada quien va esculpiendo y cincelandando su vida, configurando así un yo único, irrepitible, particularismo, que se desgrana y plasma en sus actos, en los caminos que traza y en los destinos hacia donde se enrumba. Actos, caminos y destinos que sin tapujos denuncian una inobjetable y clara desigualdad entre los hombres. Desigualdad, ésta, que no es injusticia, pues no es resultado de discriminatorias acciones de los demás sobre nosotros, sino, más bien, de las libérrimas decisiones que para consigo toma cada uno. Y así, hay hombres que, sin pena ni gloria, nacen y crecen hasta que un buen día

\* Alocución pronunciada en ocasión de la investidura con la Orden de Isabel a don Francisco Álvarez González, el 22 de abril de 1994.

\*\*Licenciado en Filosofía Catedrático de la Universidad Autónoma de Centro y de la Universidad Nacional. Fue Director de Producción Academia Universidad Estatal a Distancia. Asimismo, fue Director de Investigación y Decano en el Centro de Estudios Generales de la Universidad Nacional. Es autor de varios artículos, publicados en revistas especializadas y en la prensa nacional. Ha traducido la obra fundamental del Dr. Clodomiro Tan; Twight: **Vaccination contra la sénescencee precose**. Sobre dicho científico ha publicado también la obra: **Filosofía y ciencia en Clodomiro Picado Twight**.

lúgubrememente se los lleva la tierra; y hombres hay cuyo sólo hecho de nacer es ya motivo de alegría y esperanza para media humanidad. Hay, pues, hombres selectos y hombres rastreros; hay, en suma, espíritus superiores y espíritus inferiores. A este respecto, ¡cómo no percatarse de las abismales diferencias y fuertes contrastes que hay cuando comparamos, por ejemplo, las vidas de un Eróstrato y un Fidias, o las de Santa Teresa de Jesús y Lucrecia Borgia, o las de Al Capone y Alexander Fleming! Así es como cada hombre hace historia o, mejor aún, su muy particular y personal historia, que bien puede ser buena o mala, excelente o mediocre, sublime o ridícula, o de cualesquiera otros mil modos diferentes. En el diario vivir y convivir nos observamos unos a otros y, con ello, no otra cosa hacemos que tratar de saber de nuestras historias. Pero, precisamente por todo lo que he venido diciendo hasta ahora, ocurre que hay "historias para ser contadas" e historias que no merecen dicho esfuerzo.

Pues bien, sirvan estas rápidas consideraciones para poder entender aún mejor el porqué de la cita que nos hemos dados aquí personalidades, colegas amigos. No otra razón nos reúne a todos hoy que el celebrar una gran historia. La espléndida y rica historia de la vida y obra de un hombre excepcional, de un espíritu selecto: la del Dr. Francisco Álvarez González. Una historia que merece ser contada como aquéllas que, tiempos atrás y bajo el genérico título de "Vidas Ejemplares", formaban parte de la lectura aleccionadora de las nuevas generaciones, y en las que sus protagonistas, por estar revestidos del halo del heroísmo, del valor y la virtud, o de la gallardía y la nobleza, constituíanse en un reto, en todo un programa de vida para seguir y emular.

Tratar de contar hoy la historia de una vida como la del Dr. Álvarez sería toda una empresa, casi una hazaña, pues, en estos momentos, el tiempo se nos torna enemigo de la extensión que, para llevar a cabo una tal labor, se necesitaría. Y ello, no tanto porque nos refiriéramos a una afortunadamente larga vida, cuanto, más bien, porque tendríamos que darnos a la tarea de narrar un vida plena, inmensamente plena. Sin embargo, aunque sea en apretada síntesis, dejadme destacar algunos, tan sólo algunos, de los rasgos más significativos de la vida y obra, del genio y figura, del Dr. Francisco Álvarez González.

Nacido en Madrid, en el año de 1912, Francisco Álvarez decidió un buen día, por vocación y convicción, transitar por los muy largos y espinosos senderos del pensamiento y la cultura. La atmósfera intelectual de la España en que se desenvolvió no pudo ser mejor, pues fue ciertamente esplendorosa y magnífica. Ello le permitió beber sorbo a sorbo el venero especulativo que a raudales dio ese extraordinario momento histórico de las letras españolas -tanto, que muchos coinciden en considerarlo como un "segundo siglo de oro"-, forjado por la acción de tres generaciones sucesivas, separadas más o menos por intervalos de diez años: la primera, que agrupa a los poetas modernistas y a los prosistas del 98, cuya figura principal es Unamuno; la segunda, comandada por Ortega y Gasset; y la última, con García Lorca a la cabeza, que inicia su producción alrededor de la tercera década del siglo. Claro está que todavía habría que citar, como parte de estas tres vertientes intelectuales, nombres de una envergadura tal como Azorín, Pío Baroja, Antonio Machado; eruditos como Ramón Menéndez Pidal, Miguel Asín Palacios y Bartolomé Cossío; o escritores tan destacados como Valle-Inclán, Eugenio D'Ors, Gregorio Marañón, Concha Espina, Gabriel Miró, Juan Ramón Jiménez, Gerardo Diego, y... la lista sería interminable. Pues bien, ahí, en medio de ese anchuroso y profundo mar de riqueza intelectual, encontramos al joven Francisco Álvarez, yendo y viniendo por los pasillos de la Universidad de Madrid junto a toda una pléyade de camaradas de estudio, que vendrán luego a formar lo que algunos han dado en llamar: "la Escuela de Madrid". Lógicamente, un tan riguroso clima de pensamiento sólo podía crear en Francisco Álvarez ese concienzudo y sistemático modo de enfrentar y expresar el "logos", que es ya en él nota distintiva.

Con el paso del tiempo, después de haber obtenido, mediante oposiciones, una Cátedra de Filosofía para Institutos de Segunda Enseñanza, y de haber trabajado como Profesor en el prestigioso Lycée Franeáis de Madrid, los muchos y tortuosos avalares de la vida y sociedad españolas de entonces hacen que nuestro egregio pensador y abogado, profundo hombre de letras y humanista, abandone su primera y ancestral "morada" -como gusta él de decir-.

Y así, en busca de otros espacios y gentes, en 1951 toca por primera vez tierras americanas. Ecuador es el primer país que, a su llegada, le abre de par en par las puertas y, con cálida bienvenida, le extiende los brazos. Y Cuenca, capital de la sureña provincia del Azuay, una de las regiones más ricas del país andino, será testigo de la incesante y fecunda labor que, a lo largo de catorce años, despliega el Dr. Álvarez, y en cuyo haber háyanse muchos pormenores, desvelos, éxitos y frutos: la organización y dirección de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuenca, de la que fue Decano, así como también Rector del Colegio anexo a dicha Facultad; la elaboración de los planes y reestructuración de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Guayaquil; y finalmente -omitiendo y abreviando para no hacer cansino este relato- la contratación de la llegada al Ecuador de toda una constelación de destacados profesionales y operarios españoles en diversos campos, que van desde en el aula universitaria hasta la artesanía. Así, pues, el Dr. Álvarez cristalizó su exultante entusiasmo por la cultura y el arte, promoviendo y gestionando una fuerte corriente migratoria de españoles que contribuyeron eficazmente al desarrollo de tales aspectos en la región del sur ecuatoriano. Tan honda fue la huella y tan

grande el prestigio logrado, que varios organismos internacionales designaron a Cuenca como ciudad modelo en cuanto a trabajos de artesanía y artes industriales atañe.

En 1965, Chile, en los confines del Continente encano, reclama la presencia del Dr. Álvarez, que, hasta el año de 1971, se desempeñará, en la Universidad de Concepción, como Profesor Titular y Director instituto de Filosofía.

Y en el año de 1971, nuevamente otro país, situado mucho más al norte de la inmensa geografía de América, solicita el verbo y la pluma de tan insigne académico. A partir, pues, de esa fecha, y exceptúan un breve período de casi dos años en que regresa a Ecuador, el Dr. Álvarez viene a Costa Rica para quedarse, pues conviértase, ésta, en su definitiva y permanente morada". Del mismo modo que antes lo hicieron y Chile, con el transcurso de los años Costa Rica ha ido reconociendo y admirando el magisterio era de un intelectual que, sin aspavientos ni estridencias se entrega por entero día a día, con mística dedicación y resuelto empeño, a su labor. Tratase de un hombre que del pensamiento ha hecho vida; y de la vida tema permanente de su pensamiento. De su muy intenso y brillante quehacer intelectual en Costa Rica han sido afortunadas depositarias, principalmente, tres universidades: la Universidad de Costa Rica, la Universidad Nacional y la Universidad Autónoma de Centro América, en las que, de otro lado, ha ejercido diferentes cargos de dirección y coordinación.

Al lanzar mirada retrospectiva al dilatado periplo académico e intelectual que tan sobresaliente discípulo personal de Ortega y Gasset ha realizado a través de una buena porción de Hispanoamérica, salta a la vista el hecho de que Costa Rica en buena hora se guardó para sí la parte más larga del camino, y una de las más fructíferas etapas de la vida de un hombre para quien la reflexión y la enseñanza, mediante su palabra y sus escritos han sido sus cotidianos y existenciales menesteres.

Muchos son los discípulos, y varias las generaciones, que, allá y acá, pueden hablar de su trabajo en la cátedra universitaria. Sin embargo, y a este mismo respecto quiero traer a colación algunas de las palabras pronunciadas por el Dr. Álvarez en un homenaje que se le tributó en el año de 1988, en las que inusitadamente, dada en su natural modestia, hizo expresa referencia de referencia de sí mismo y del ánimo con que ha ejercido siempre su labor, al decir: "... más que enseñar soluciones he deseado siempre transmitir a mis alumnos la admiración, hacer nacer en ellos el temblor y el estremecimiento ante el misterio. Sí, he deseado ardientemente que con la habilidad que, de consuno, dan la experiencia y cierta claridad en las ideas, pudiera hacerles ver de qué manera la multiplicación de ciertas preguntas llevaba como de la mano a ciertas soluciones. Que éstas, pues, no caen como maná del cielo. Y he querido, asimismo, que vieran de qué manera cada solución hallábase encinta también de más admiración y de más preguntas. Que, portante, lo que llamamos el progreso del saber y de los pueblos no es sólo aumento cuantitativo de resultados, sino crecimiento de la sensibilidad vital del hombre para escrutar y descubrir problemas. Me ha pasado la vida así, pacientemente, en esto, en estos afanes, en estos trajines, en estos desvelos".

Pero, más allá de la cátedra, de la palabra, y del contacto directo y personal, el Dr. Álvarez, con el mismo empeño y honestidad, ha plasmado también en sus escritos su impronta, enjundia y solera intelectuales. Aquí, en esta vertiente de su quehacer, es donde su pensamiento y genialidad, rigor y criticidad, erudición y profundidad alcanzan su más perfecta y culminante realización y forma. Tan sólo un tratado podría dar exacta cuenta de la gran significación que tiene su prolífica obra. Su cuantía arroja un total que excede las seis mil quinientas páginas. Su variedad recorre los más diversos géneros y estilos: prólogos a las obras de otros autores, artículos de prensa, artículos en revistas especializadas entre los que se encuentran muchos que, dada su extensión y tratamiento, constrúyanse en auténticos opúsculos-, y, finalmente, libros. Su calidad se sitúa en el plano de la más exigente y genuina excelencia. Más aún; sin pasión ni prejuicio, con conocimiento de causa y con toda objetividad, afirmo hoy aquí que la obra del Dr. Álvarez forma parte, sin lugar a dudas, de la producción filosófica e intelectual más brillante y selecta que se ha escrito en la América Hispana durante estos últimos años. A este respecto, es bueno recordar que, en el mundo de hoy, la celebridad de un intelectual no siempre responde a una merecida excelencia. En este campo también, el estar, o no, dentro de ciertas modas, corrientes y estilos al uso, el complacer o desagradar a la galería, el contar con una bien dispuesta claqué, el publicar en una u otra editorial de determinados países, y, al fin de cuentas, el ineludible marketing son factores que contribuyen en mucho a realizar no pocos milagros. En otras palabras, resulta claro que, en esto como en tantas otras cosas, la fama y el aplauso no siempre van de la mano de la calidad.

Pero si todo esto, aunque poco y brevemente contado, ya es en sí mucho y ejemplar, importante y señero, todavía habré de añadir, abusando de vuestra paciencia, algunos rasgos más -pinceladas cortas y tenues- que ver tienen con la personalidad y talante del Dr. Álvarez ante la vida, ante la existencia.

Decía Ortega y Gasset que la vida -la vida humana, se entiende- es, más que biológica, biográfica. Esto no otra cosa quiere decir que no somos de una vez por siempre lo que somos, sino que, más bien, somos lo que nos hacemos. Y, por supuesto, ese "hacerse" lleva consigo un tejer y

destejer lo que hoy se es para ser mañana diferente. Es ésta, pues, una trama de la existencia, en la que la libertad exhibe sus mejores galas. Pues bien, por ser así la vida -biográfica, más que biológica-, permitidme, al llegar a este punto, un tono más intimista y personal, con el que, estoy seguro, resumo y expreso también el sentir y el parecer de todos vosotros, especialmente de los que habéis estado más cerca del Dr. Alvarez. Y es que a veces sucede que, al hablar del otro, tenemos que hacerlo de nosotros mismos. Esto acontece cuando nuestra vida, por esas razones inexplicables del azar, hallase íntimamente ligada y entrelazada con la de otras personas. En mi caso, puedo decir que he sido hombre afortunado en dos aspectos que, para mí, forman parte de los más importantes de nuestro peregrinar por este mundo. Y es que, allá en España y acá, he tenido y tengo grandes amigos -de éstos del alma- y grandes maestros-de éstos que le marcan e imprimen a uno un sello indeleble para toda la vida-. En medio de unos y otros, me considero privilegiado de haber tenido a mi lado el eminente y continuo magisterio de don Francisco. Una relación ha sido, ésta, de "maestro-discípulo" en el sentido más prístino, exacto y clásico de los términos. A diferencia de la comunicación puntual y fugaz que hoy mantienen profesores y alumnos, la mía ha sido con don Francisco a la usanza antigua: ininterrumpida, permanente, constante, de ésas que, más allá de compartir un pensamiento y visión de mundo, desembocan en una profunda convivencia de la vida y las circunstancias. A este respecto, viene a mi mente el dato de que Aristóteles estuvo en la Academia como discípulo de Platón durante alrededor de veinte años. Bueno, en algo superé yo a Aristóteles: llevo ya más de veinte años disfrutando, semana a semana, del sabio magisterio de don Francisco. El tiempo suficiente y, según se mire, siempre escaso no sólo para recibir y experimentar la fuerza creadora, y a cada instante sorprendente, del análisis y razonamiento de un maestro, de un intelectual de casta y gigante talla, sino también para percibir el talante existencial de un hombre al que le acompañan cualidades tales como la bondad, la sensibilidad, la humildad, la transparencia y una moralidad impecable, la honestidad y una valiente sinceridad, te lealtad y las posiciones verticales ante las mil y una vicisitudes de la existencia, y la total fidelidad a si mismo. Y, ¡claro!, cuando además de con el intelectual, el maestro, el sabio, hallase uno con estas otras formas de ser, ver, sentir y enfrentar la vida, el mundo y al prójimo, entonces espontáneamente surge la amistad. ¡Sí: maestro y amigo! Con orgullo, pues, y honra, me place y me complace hablar de don Francisco como de mi maestro y amigo. Y aquí me asalta la duda, pues no sé cuál de estas dos calidades anteponer: si la de maestro o la de amigo. Se me antoja ahora establecer -no sé si con acierto o sin él una relación de ambos atributos con dos potencialidades del ser humano. Y así, considero que el maestro llama a la razón; y el amigo, al sentimiento. Y puesto que encuéntrame yo en una etapa de mi vida en que el sentimiento me está reclamando más que la razón, antepondré hoy, a pesar de mis dudas, el amigo al maestro.

Hoy es un día de grandes plácemes e inmenso júbilo. Hoy es el día en que nuestra amadísima España hace reconocimiento y justicia con uno de sus más preclaros ciudadanos, que, vocado desde muy temprano hacia las altas cumbres del pensamiento y la cultura, ha sabido engrandecería dentro y fuera del terruño,

Mucha honra al Dr. Alvarez, y mucha alegría a todos nosotros, la altísima distinción que Su Majestad Juan Carlos I, Rey de España, hace, al otorgarle la Encomienda de Isabel la Católica.

Por ello, hoy, Dr. Alvarez, libaré hasta la última gota de mi copa por usted y, al así hacerlo, también lo haré por todos esos valores y cosas importantes de la existencia: por el irrefrenable deseo de vivir; por la verdad, el bien y la belleza; por la sabiduría; por las emociones y los sentimientos, fuertes y profundos, aunque a veces nos hagan mil jirones el alma; por los grandes amores: los ya idos, los que se tienen y los que vividamente siempre se anhelan; por la amistad; por el éxito y la excelencia; y por lo más extraño y difícil de todo: la felicidad.

¡Salud, Dr. Francisco Alvarez González! ¡Salud, don Francisco! ¡Salud, mi querido amigo!  
¡Salud, mi respetado y admirado sabio maestro! ¡Salud! ¡Salud por siempre!